

Nuestro compromiso

Hace ya más de cuarenta años el maestro Tonucci realizó una viñeta en la que se observaba a un niño, haciéndose la siguiente pregunta: *¿Dónde está el mundo?*

Somos un grupo de profesionales que en la actualidad trabajamos en el ámbito de la participación infantil y adolescente, bajo el paraguas del programa Ciudades Amigas de la Infancia que promueve UNICEF a nivel nacional. Entre las maneras de entender nuestro trabajo, hay una que nos hace pulsar a diario una tecla en nuestro cerebro, que nos permite observar la realidad con los ojos de las niñas y los niños con los que compartimos espacios de participación. Este particular ejercicio nos ha llevado en estos últimos meses, precisamente, a hacernos la misma pregunta que el *“niño de Tonucci”*: *Pero ¿dónde está el mundo?*

En 1923, tras la primera guerra mundial, millones de niñas y niños hambrientos, huérfanos, refugiados o desplazados estaban diseminados por toda Europa. Eglantyne Jebb, activista social británica y fundadora de *Save The children*, luchó con todas sus fuerzas para que los gobiernos y la sociedad tomaran medidas para terminar con esa tragedia. Como ella pensaba, ***“los niños no son en absoluto responsables de las guerras, y son la mejor esperanza para evitar otra”***. Su legado condujo progresivamente a lo que hoy es la Convención sobre los derechos de la Infancia. El tratado internacional de derechos humanos más ratificado por los países del mundo, salvo Estados Unidos, que no lo ha hecho.

Podemos pensar que los deseos de Eglantyne no se cumplieron del todo y que la esperanza de que los niños y las niñas de los años veinte, una vez convertidos en adultos y adultas, fueran protagonistas para evitar otra guerra... otra tragedia, se difuminó. En 1939 estalló la segunda guerra mundial. Nos planteamos qué pasa con las personas adultas, qué sinfín de condicionantes las lleva a repetir las situaciones más tristes y trágicas que nos hacen dudar de la condición humana.

En la actualidad, no podemos obviar que nuestra infancia y adolescencia y nosotros y nosotras mismas vivimos en un mundo virtual, un mundo en permanente ebullición en el que a un toque de dedo se nos aparecen mil y una pantallas, mil y un contenidos, mil y un mensajes. No nos equivoquemos; no pensemos que a nuestros niños y niñas no les preocupa nada de lo que pasa a su

alrededor, no creamos que son ajenos a las imágenes de destrucción con las que a diario se levantan cada día, no los consideremos indiferentes ante la barbarie y el sin sentido de los tomadores de decisiones, que se empeñan en hacer nuestro mundo cada vez un poco peor.

Desde la responsabilidad de nuestro trabajo intentamos abrir a diario una pequeña ventana para que entre esa brisa fresca que airee nuestras ideas. Nos sentimos en la obligación de levantar la voz y preguntarnos como en la viñeta de Tonucci: *¿Dónde está el mundo?*... preguntarnos, como lo hacía Eglantyne: ¿Serán los niños y las niñas de hoy la esperanza para construir un mundo sin guerras, un mundo mejor? No nos faltarían ejemplos para responder de manera pesimista. Sin embargo, no queremos ni debemos resignarnos. Tal vez pudiéramos hacer más de lo que hacemos.

Quizás observamos impasibles como se ha olvidado el valor de palabras como diálogo, consenso, acuerdo. Posiblemente nos encontremos a gusto en nuestra burbuja personal. Pero a lo que no podemos renunciar es a gritar: ¡Basta!

A lo mejor, también deberíamos, todos y todas, buscar esas teclas en nuestros cerebros y pulsarlas con decisión para que nos llevasen a observar el mundo con los ojos del niño o la niña que fuimos.